

NÚMERO ORDINARIO, 15 CÉNTS.



NÚMERO ATRASADO, 25 CÉNTS.

PRECIO DE SUSCRICIÓN.

Madrid: trimestre. Pesetas. 2,50
 Provincias: trimestre. 3

REVISTA TAURINA.

PRECIO PARA LA VENTA.

25 números ordinarios. Ptas. 2,50
 25 id. extraordinarios. 5

Toda la correspondencia se dirigirá al Administrador de LA LIDIA, calle del Arenal, núm. 27, Madrid.

SUMARIO.

Un acontecimiento. La corrida del jueves, por D. Jerónimo—Por el patio, por Fiacro Itayoz.—Broncas á toreros, por Federico Mínguez.

UN ACONTECIMIENTO.

LA CORRIDA DEL JUEVES.

Muchas, muchas páginas brillantísimas tiene en su historia Salvador Sánchez Frascuelo. Nos basta recordar, entre ellas, la famosa corrida á beneficio de la Asociación de la Cruz Roja verificada en 1874; la corrida en que volvió á presentarse Salvador ante el público madrileño, después de la terrible cogida que sufrió el diestro en 1877; la de Beneficencia de 1882; y últimamente, la de los seis toros de Muruve que estoqueó en 1885.

Todas ellas han quedado eclipsadas por la corrida celebrada en Madrid el jueves 26 del actual, en la cual toreó y mató Frascuelo seis toros del duque de Veragua, con un arte, con una inteligencia, con una tranquilidad, y con un arrojo, que exceden á toda ponderación.

Reseñar detalladamente los lances y hacer una crítica minuciosa del trabajo de Salvador en dicha corrida, sería empequeñecerla.

Además, toda la prensa ha hablado ya de la memorable fiesta, con circunstanciados detalles, y suponemos á los lectores de LA LIDIA, sobradamente enterados, para que nos creamos libres del compromiso de relatar la corrida con pormenores.

¿Qué decir de una función de toros en la cual, se presentó en la plaza la primera res á las cinco menos veintitrés minutos, y arrastraron al último toro, á las seis y cuarto?

¿Qué decir de una corrida de seis toros durante cuya lidia y muerte resonaron los aplausos sin cesar, repitiéndose las ovaciones unas tras otras, unánimes y entusiastas?

¿Qué decir de una fiesta en la cual, la maestría portentosa de Salvador no decayó ni un solo instante, y durante la cual el público admiró en el célebre diestro todas, absolutamente todas las condiciones de un torero y de un matador, en el cual, la sangre, la vergüenza, la valentía, el aplomo, y los conocimientos de un lidiador consumado, rivalizaron á porfía, para convertir el espectáculo en fecha histó-

ica que quedará grabada eternamente en la memoria de los aficionados?

Al finalizar la corrida, D. José Sánchez de Neira, exclamaba convulso y enardecido:

—Tengo sesenta y cuatro años, y llevo cuarenta y ocho viendo toros. Lo que Salvador ha hecho esta tarde, es un prodigio que yo no había visto nunca hasta ahora. Estoy admirado, estoy maravillado, Frascuelo me ha quitado treinta años de encima.

Los que conocen á Neira, los que conocen la imparcialidad, la serenidad de ánimo y la inteligencia del autor para todos respetable y por todos respetado de *El Torero*, comprenderán, por sus palabras, la altura que alcanzó Frascuelo en la ya célebre é inolvidable corrida del jueves.

Los que no conozcan á Neira y estimen exagerado su juicio, pueden ojear la prensa, y hallarán confirmada en sus columnas la opinión de uno de los más antiguos y sin duda alguna el más inteligente de los aficionados de Madrid.

Así como algunas veces la desgracia parece empeñada en neutralizar la buena voluntad de los hombres, haciendo inútiles todos sus esfuerzos, hay otras en que la fortuna les abre los brazos y dispensa sus favores con prodigalidad inverosímil.

«Venir el Santo de cara» llaman á esto los toreros, y «volverse el Santo de espaldas» dicen cuando ocurre lo contrario.

El jueves se propuso, por lo visto, el Santo llenar de mercedes á todos: á los toreros, al ganado y al público. Y como todos pusieron por su parte cuanto fué necesario para que la fiesta resultara tal, en toda la extensión de la palabra, sucedió lo que no podía menos de suceder. Hubo aquello de «ayúdate y Dios te ayudará» y lo que comenzó en acto ordinario, terminó en inolvidable acontecimiento.

Los toros del Duque, á excepción solamente del cuarto, que fué blando y guasón, hicieron excelente faena, sobresaliendo el quinto, seco y de poder, y demostrando los demás la bravura y la nobleza de su casta.

Tomaron 45 varas, propinaron 19 tumbos á los picadores, y mataron 15 caballos. Algunos se quedaron en banderillas, pero todos dejaron llegar generalmente, y si hubo toros que enseñaron la oreja de manso á la hora de la muerte, la muleta de Salvador se encargó de embravecerlos, volviéndolos á su primitivo estado. En suma, una gran tarde para

el ganadero. Los toros estaban muy bien criados y bien colocados, á excepción del tercero.

De los seis que mató Frascuelo, en veinte minutos próximamente, sólo el primero se echó y necesitó puntilla; los cinco restantes, salieron muertos de manos de Salvador y cayeron á plomo, como caen los toros cuando se hiera alto y hondo.

Solo estuvo el matador toreándolos de muleta; y, fuera del sexto, que tenía todas las varas en la paletilla izquierda y se acostaba de aquel lado, por lo cual, había que pasarlo con la mano derecha, los demás, recibieron el castigo sobre la izquierda, en corto y consintiéndolos á despecho del aire, que no se echó en toda la tarde y dificulta siempre el manejo del trapo.

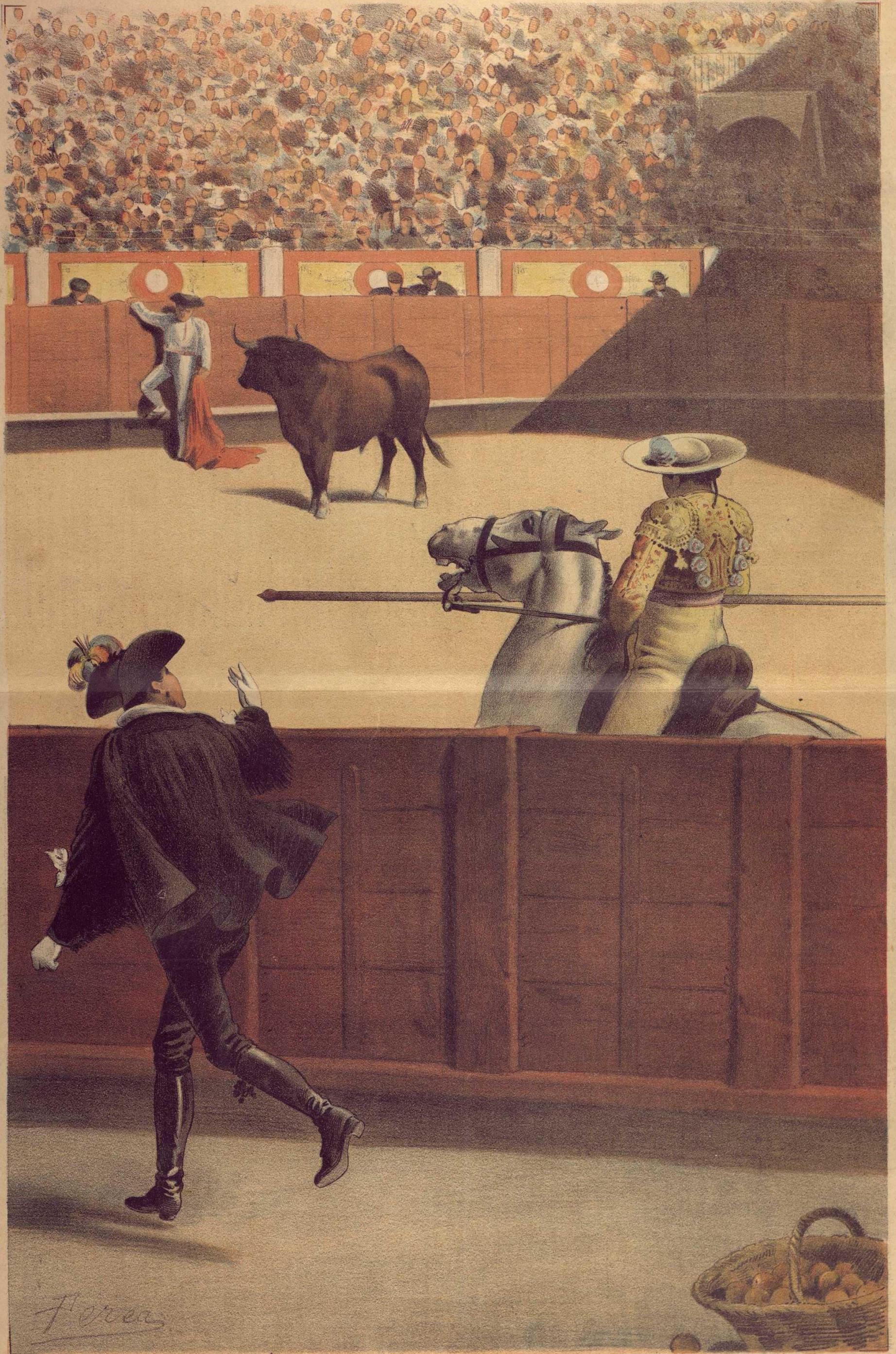
En la muerte de sus seis toros, Salvador consumó las suertes de recibir, arrancar, á volapié, y á un tiempo, magistralmente todas ellas, con una bravura y con una inteligencia de todo punto admirables.

Una sola vez, en la muerte del quinto toro, salió el matador de naja, al dar el primer pinchazo. Creyó, confiado en la suerte que le favorecía constantemente, que cogería los blandos y se quedaría el animal embebido en un estoconazo, pero dió la espada en hueso, arreó el toro tras el matador, y éste, que no había cuidado la salida, tuvo que abrir el regulador á los pies, sin tiempo para rehacerse. Salvador se vengó inmediatamente de aquel lunar, único de la corrida, empuñando de nuevo el estoque y hundiéndolo hasta la bola en lo alto del morrillo. El toro quedó hecho polvo.

Lo demás, hay que haberlo presenciado para darse de ello cuenta. Toreando con un desahogo admirable, enfilándose en la misma cuna, apuntando con el estoque, como un cazador apunta con la escopeta, haciendo que los toros se comieran la muleta á fuerza de acogotarlos con ella de puro obligarlos á que descubrieran la cerviz, arrancando derecho como una bala y reuniéndose en el embroque hasta el punto de formar con los toros una masa compacta y forzarlos á que hicieran demás; las faenas de Salvador fueron en los detalles y en el conjunto algo extraordinario, algo nunca imaginado ni visto, algo que queda para no borrarse jamás, y bastaría por sí sólo para vengar con el entusiasmo de un día los agravios de muchos años.

Para que nada faltase en la corrida, hubo también su mijita de emoción. Véase cómo:

LA LIDIA



El tercer toro, que fué, por cierto, el único que no trajo cuernos, dió un tumbó en las tablas al picador Matacán, dejándolo en descubierto. Salvador se lanzó al quite y desvió al toro del bulto, aguantándolo. El animal estaba muy aplómado y dejó pronto rehacerse á Frascuelo, el cual quedó colocado delante, del toro sujetándole la cabeza con el capote extendido ante ella, mientras el picador se levantaba y tomaba el olivo.

Pero en aquél instante, un mono sábio, con esa insoportable diligencia que caracteriza á los saltarines, se fué al picador y llamó la atención del toro, que al ver la blusa roja del mono se inquietó. Temeroso, entonces, Salvador de que el animal se desengañara del capote y volviera á las tablas donde estaba Matacán, empapó al toro y se lo llevó de nuevo aguantando, pero quiso terminar con un recorte innecesario, y tanto se encunó que recibió un hocicazo en el muslo izquierdo, sacando roto el calzón. Y no hubo más, afortunadamente.

Antes del desavío, Salvador hizo una monada; cogió un pavero que habían lanzado al redondel, dió un recorte al toro, colocó el pavero en la cuna, lo dejó en ella dos ó tres segundos, lo volvió á tomar sin mover los pies y lo arrojó al tendido 4, en medio de una entusiasta ovación.

El dios Éxito no solo fué propicio á Salvador, sino á las cuadrillas de á pie. No hubo en toda la tarde un par de banderillas silbado, y en cambio hubo ovaciones entusiastas para Ostión y Bebe, y aplausos para los demás.

Ostión pareó con ese soberbio poder y esa frescura inalterable que hacen de él un banderillero único más que raro. Y hasta quiso adornarse en alguno que otro quite. ¡Adornarse el Ostión! Era un colmo irrealizable, y claro es que no llegó á conseguirlo. Pero lo intentó !!!...

Cuanto al joven cordobés apodado el Bebe, el muchacho se va á beber á mucha gente si continúa con la sangre, la vista torera y la tranquilidad para llegar á la cara de los toros que manifestó en la corrida del jueves. Clavó el mocito un par al quinto toro y otro al segundo, que hubo que quitarse el sombrero y arrojarlo á la plaza. ¡Adelante, muchacho! Pulguita bregó mucho y muy bien con valentía y oportunidad.

Para terminar diremos que la serie no interrumpida de ovaciones que Salvador alcanzó en la plaza, tuvo una cola inusitada y nunca vista, fuera de la arena. El valiente é inteligente matador fué llevado en hombros hasta el coche, y el público allí apiñado le hizo una verdadera manifestación de admiración y de cariño que se prolongó hasta cerca de la Puerta de Alcalá.

Un detalle. Todas las ovaciones que recibió Frascuelo, después de matar los seis toros, se le hicieron durante el primer tercio, porque el matador se retiró siempre á los estoques y se sentó en el estribo sin moverse de allí hasta que se abría la puerta del chiquero. Estas muestras de discreción y de modestia realzaron considerablemente las faenas incomparables de Salvador.

A nosotros sólo se nos ocurre exclamar: *Quantus mutatus ab illo! Cur tan varie?* Lo decimos en latín para que Salvador no se entere.

Y si hay alguien que se lo traduzca, podrá Frascuelo contestarle, mostrándole su cabeza, llena de prematuras canas:

—¡Mire V. lo que me ha costado!

D. JERÓNIMO.

POR EL PATIO.

—Buenos días, *señá* Isidra!
—Muy buenos, *señá* Tomasal!
—¿Cómo va?
—Muy bien, y usted?

—Pues yo sigo buena; gracias, y el señor Juan?

—No ha venido entoaavía; está en Almansa, ¿sabe usted? Lo contrataron hace ya cuatro semanas pa torear, según me dijo, seis ó siete novillas, y aún no ha vuelto de su viaje, pero volverá mañana.

—Pus hija, me alegro tanto de que tenga esas contratas!

—Y Nicolás su marido? Qué hace el hombre? no trabaja?
—Trabajar? Quiá, si no quiere,
—Por qué?

—Porque está hecho un mandria.

Le han *avisao* de Alcobendas pa que mate seis Veraguas por San Juan, y él les ha dicho que los seis juntos no mata si no le dan siete duros.

—¡Ya ve usted, que es pedir gangas!

—Así no trabajará.

—Y es natural, no trabaja!

—No sé qué se han *figurao* estos toreros, camamas, que si les dan siete duros les parece que no es nada.

—Yo toreo más barato.

—Y yo también!

—¡Ay, qué gracia!

—Mire usted, al escribano que ha vivido en esa casa de enfrente, me lo he tenido toreado cuatro semanas.

Me estuvo haciendo el amor,

pero lo que es yo, ni agua.

—Y á mí me ha *pasao* lo propio

con un gomoso que andaba

dando vueltas en la calle

con la vista en mi ventana.

—Pues es claro!

—Es natural!

—Pero ellos no; quieren gangas.

Por recibir un becerro

piden una millonada,

y nosotras recibimos

casi de *gratis*; caramba!

—¡Y después se quejarán

de que nadie los contrata!

—Pero usted ha tenido suerte.

—Por qué?

—Porque Juan trabaja,

pero á Nicolás, no hay Dios

que lo saque de la cama.

Todo el día está durmiendo

y ni se mueve ni nada.

Si sale un día á la calle,

ya se sabe, se emborracha,

y vuelta á dormir la mona

lo menos una semana.

—¡Qué demonios de maridos!

—¡Yo lo que es, estoy más hartal..

—¡A mí me tiene aburrida!

—¡Y á mí me tiene abroncada!

—¡Y aún dirán que una no es buena!

—¡Y aún dirán que una no es santa!

—Ea, con Dios, *señá* Isidra!

—Vaya uste con él, Tomasal!

FIACRO YRÁYZOZ.

BRONCAS Á TOREROS.

El escándalo promovido por el público en la corrida del 7 de Mayo, muévenos á protestar una vez más contra esas manifestaciones, de tan escasa cultura, que redundan en perjuicio de la afición á la fiesta española, y en el de los diestros á quienes está encomendada la lidia.

Entre nosotros, el faltar á cuanto se prescribe, parece innato; basta que de un cartel se fijen las reglas á que debe un espectáculo sujetarse, para que contra él se opongan los que más obligación tienen de respetarlo; á penas hay uno que no haya ido dos ó tres veces de merienda á los toros, que es á lo que vá las tres cuartas partes del público, sin que traiga y lleve en boca el reglamento y no repare, ni sepa que pedir, cosas contrarias á la razón, es faltar á él; que éste prohíbe que se arrojen al redondel objetos que perjudiquen á los lidiadores y perturben la corrida que tienen derecho á ver con tranquilidad los que gozan y la saborean como espectáculo que les halaga y satisface; de modo que, conste de una manera enérgica la protesta que mantenemos en este punto.

Del mismo modo consideramos altamente perjudicial para la reputación artística de un diestro, dejarse llevar de sus ímpetus y empeorar en los momentos de conflicto la situación de las autoridades y de los diestros mismos, que al tomar parte en una corrida están sujetos á fatales contingencias, que sólo la prudencia puede evitar.

La personalidad siempre respetable de un torero, sea cual fuere su categoría, no se debe exponer á hacer frente á una muchedumbre, sino que, como instrumento público, como servidor de aquellos que gritan y vociferan, debe consentir y tolerar cuantos dicitérios se les dirijan, única

y exclusiva manera de quedar bien y tener siempre el derecho de decir que ha cumplido su deber, ha perdonado la intransigencia del público y se ha resignado ante el intolerante y abusivo derecho que ha tratado de invocar.

Hechos y no pocos registra la historia del toreo de que nuestra opinión es la única procedente, y así lo han entendido gran número de diestros de reputación altísima, queridos de los públicos y de energía personal tan alta como el que más la pueda ostentar.

Juan León, célebre matador de toros, aguantó en una corrida una lluvia de efectos un tanto peligrosos, á consecuencia de que al ver salir los cabestros, ordenó al puntillero que desde la barrera matase su toro. El hecho ocurrió en Madrid el 19 de Octubre de 1829.

En 1830, en una función de toros que se daba en Valladolid, por que al cuarto toro no le habían puesto más que una banderilla, se armó una bronca tal, que los toreros tuvieron que salir de la plaza protegidos por las Autoridades y con algunas contusiones por vía de gracia.

A raíz de los acontecimientos ocurridos por la matanza de los frailes en 1885 hubo tal motivo el día 25 de Julio en la plaza de Barcelona, en el momento de salir las cuadrillas, que éstas tuvieron que volverse á Madrid sin torear, sin cobrar y algo más á disgusto de como ahora se trasladan los diestros de un punto á otro. ¿Cómo sería la manifestación, y qué de desperfectos se ocasionarían, que estuvieron suspendidas algunos años en aquel punto?

El 21 de Agosto de 1848, en la corrida que se celebró en Madrid, salieron siete toros; tres tuertos, dos sucesivamente corniapretados, y uno cojo. Con tal motivo el escándalo contra los toreros que ninguna culpa tenían, fué inaudito, teniendo por término que á D. Antonio Palacios, empresario entonces, le pasearon por la Plaza entre la Guardia civil, hecho que ocasionó poco más tarde su muerte.

En 1859, en Valencia (25 de Julio), por consecuencia de haberse inutilizado todos los picadores, pagaron los espadas los vidrios rotos, de tal modo, que tuvieron que pedir amparo á la fuerza pública.

El 11 de Junio de 1860 lidiábanse en Madrid toros de Arias Saavedra; cansose ya el público de arrojar naranjas y cuantos objetos pillaba á mano contra los lidiadores, rompieron los toldos de los palcos, y se volvieron de espaldas los concurrentes en señal de desprecio.

En la corrida de toros de 12 de Julio de 1868, después de haber dado muerte el Gordito al 5.º toro, no muy bien, por cierto, y por permitirse aquél una demostración un tanto expresiva hacia los asistentes al tendido 15; hubo la de Dios es Cristo, unánimemente protestó la Plaza, y estuvo en poco que fuese el diestro llevado á la cárcel, cosa que no se verificó por las grandes influencias que se pusieron en juego.

En 1870, en Benavente, por no ser la cuadrilla del gusto del público, se deshizo casi por completo la Plaza, siendo llevados los lidiadores á la cárcel y muertos á tiros por la Guardia Civil el toro 1.º, único que pudiero lidiar, entre ladrillazos, los desventurados toreros.

El 4 de Mayo de 1879 fueron llevados á la cárcel, una vez terminada la corrida, Frascuelo, Manuel Molina y Bienvenida, por haberse retirado del redondel á consecuencia de lo que sobre ellos llovía, porque el toro *Pelaespigas*, de Núñez de Prado, que se estaba lidiando, era malo.

Bien reciente se encuentra el hecho ocurrido en la plaza de San Rafael, de Méjico, el 16 de Marzo último, porque era malo el 6.º toro, alcanzando el asunto tal gravedad, que pudo haberse causado hasta un conflicto diplomático.

En gracia á la gravedad prescindamos de relatar lo ocurrido á Cayetano Sanz, en Bilbao; á Chicorro, en Zaragoza; á Gonzalo Mora, en Pamplona; á Cúchares, en Búrgos; á Paco Frascuelo en Madrid; al Gordito, en Valladolid; á Juan León (*Gaceta*), en Zaragoza; *Cungao*, en Tudela; á Bartolesi, en Madrid, y tantos y tantos hechos, en que todos han sufrido las contingencias de públicos insensatos, que han llegado hasta á faltar personalmente á los aludidos.

Preguntaban una vez al célebre Curro Cúchares en el café de la Iberia vieja, su opinión acerca de una bronca parecida á la del 8 de Mayo.

El maestro contestó:

—¡Vos voy á desí; la coza no estaba güena; pero el que no quiera sufrirlo que ze meta á catreático!

FEDERICO MÍNGUEZ.

LA CORRIDA DE AYER.

La 8.ª corrida de abono que debió verificarse ayer, se suspendió por haber juzgado Bocanegra y Currito que el piso de la plaza no estaba en buenas condiciones para la lidia. El público, que había acudido á la plaza en escaso número, protestó, silbó y pateó. Y no hubo más porque la lluvia guasona que cayó durante toda la tarde, produjo muy pronto una dispersión general.